

Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892)

por Federico Bibbó
(Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

En 1892, un grupo de hombres de letras decidió llevar adelante un proyecto de redefinición de la literatura nacional. El lugar de origen de este proyecto eran las tertulias literarias presididas por Rafael Obligado y su objetivo, recuperar el lugar perdido por las letras ante la ampliación y diversificación del espacio público. En este artículo, los hechos y las motivaciones que dieron lugar a la fundación del Ateneo se analizan como los signos iniciales de un proceso de largo alcance en la configuración de literatura argentina moderna, a partir de la identificación de una alianza entre un grupo de letrados y el periodismo porteño del fin de siglo.

Palabras clave: tertulias literarias - periodismo - Ateneo de Buenos Aires

ABSTRACT

In 1892, a group of men of letters decided to carry out a project of redefinition of national literature. The place of origin of this project were the literary tertulias presided by Rafael Obligado, and its objective, to recover the place lost by letters in view of the expansion and diversification of the public space. This article analyzes the facts and motivations giving rise to the foundation of the Ateneo as initial signals of a process of wide scope in the configuration of modern argentinian literature, starting from the identification of an alliance between a group of lettered men and fin de siècle journalism in Buenos Aires.

Keywords: literary tertulias - journalism - Ateneo in Buenos Aires.

“El renacimiento de nuestras letras”

Hacia finales de la década de 1880, ante la percepción de un clima general de materialismo que terminaría por verse condensado en la crisis financiera, se multiplicaron las quejas ya habituales por el descuido de la tarea intelectual. En este contexto, en los primeros días del año 1889, Joaquín V. González publicaba en el diario *La Prensa* un extenso artículo en el que demostraba no amedrentarse frente al rotundo desinterés provocado por la literatura ni a lo que registraba como una pobreza efectiva en el terreno de su producción a nivel nacional. Según decía, existía en el país una “riquísima historia literaria” que, entonces olvidada, pronto habría de resurgir cuando se produjera “el renacimiento de nuestras letras, transitoriamente adormecidas”.¹ Si tenemos en cuenta la versión del pasado de la cultura argentina que González había desarrollado poco antes en *La tradición nacional* (1888), pero sobre todo el rol activo que allí les otorgaba a los letrados en su consecución, no hace falta enfatizar el carácter deliberadamente *predictivo* que asumía este enunciado.

En efecto, la repercusión que había alcanzado su reciente libro entre los intelectuales argentinos aparecía como una precondition de este otro texto destinado exclusivamente al público más amplio de *La Prensa*. Desde una matriz romántica que concebía a la naturaleza como la fuente de la que emanaba la poesía popular, *La tradición nacional* había presentado un repertorio concreto de materiales culturales que formarían el sustrato de la nacionalidad argentina. Esto implicaba, desde ya, el reconocimiento de una tradición existente (que el autor había remontado, en un gesto polémico, hasta el pasado prehispánico). Pero al mismo tiempo, el

¹ “Literatura nacional”, *La Prensa*, 20 de enero de 1889, p. 7. El texto completo se publicó en el espacio del folletín entre el 18 y el 26 de enero de ese año. Al reunirse las *Obras Completas* del autor se incorporó (con leves variaciones) en el volumen *Intermezzo. Una década de recuerdos literarios* con el título “Un año de historia literaria argentina” (González 1934).

libro apostaba fuertemente a que ese repertorio contribuyera a la creación de esa misma tradición en la actualidad. Desde este punto de vista, *La tradición nacional* aparecía también “como una suerte de manual para el desarrollo de la futura literatura argentina” (Degiovanni 2007: 47). Además de presentar el registro de un canon, la intención de González había sido establecer un programa, destinado principalmente a los hombres de letras, que respondiera al imperativo de construcción de una literatura nacional en función de la necesaria unidad del “espíritu colectivo”.²

Enmarcado en el positivismo de Taine, el artículo de *La Prensa* presentaba esta misma lógica histórica, pero ya no para articular un programa sino para anunciar el cumplimiento inminente de una ley evolutiva de las sociedades. En un texto que se presentaba como un balance del “año literario”, González estaba lejos de abandonar el repetido diagnóstico de pobreza sobre el campo de la producción literaria.³ Sin embargo, el evolucionismo positivista de su discurso le permitía a su vez interpretar, en los umbrales de la crisis, la actualidad de la literatura argentina desde la perspectiva confiada de un futuro próximo en el que se reactivarían los elementos latentes de la tradición por medio del resurgimiento de la poesía.

No parece casual, entonces, que después de la crisis, cuando hacia 1892 los diarios más importantes de Buenos Aires coincidieran en el anuncio de una verdadera renovación intelectual, el propio González apareciera como uno de sus protagonistas centrales. El 20 de junio de ese año, el diario *Tribuna* saludaba en estos términos el comienzo de una nueva etapa de las letras nacionales:

Entre los muchos beneficios que nos ha traído la crisis, merece indicarse el pequeño movimiento intelectual que se produce entre nosotros, cuyos síntomas se señalan particularmente por el anuncio de cierta cantidad de libros y por la inauguración de algunas tertulias literarias.

Hombres que vivían absorbidos por la política, como Joaquín González V. Castellanos (sic), Saldías y Mantilla, consagran hoy sus fuerzas a la labor intelectual, y dentro de poco, como fruto de ella, nuestra naciente literatura se enriquecerá con nuevas obras.

Otras personas cuyo retiro asombraba, como Coronado y Rivarola, vuelven con nuevos bríos a la arena; y si a unos y a otros se añade un grupo de convencidos, para quienes el arte fue siempre un culto, como Obligado, Oyuela, Podestá y otros, la cosecha será abundante y completará, para bien del país, aquella otra que prepara el arado en nuestros campos.⁴

De esta manera, si bien con alguna cautela, *Tribuna* daba cuenta de lo que podía verse como el “renacimiento” anunciado tres años atrás por el autor de *Mis montañas*. El desvío de la política por parte de algunos escritores permitía explicar el fenómeno de acuerdo con el impacto de la crisis y a su vez presentar lo que se veía como una tendencia general hacia la recuperación de los valores espirituales.

Pocos días más tarde, al presentar su nueva sección literaria, *La Nación* repetía el razonamiento de acuerdo con el cual volvían a producirse las “manifestaciones desinteresadas del espíritu” que habían quedado olvidadas en los últimos tiempos gracias a “la fiebre de

² Para una rigurosa exposición de estos dos aspectos de la poética nacionalista de *La tradición nacional*, ver Degiovanni: 40-54.

³ Por el contrario, fuera de los rubros “literatura jurídica” y oratoria y de los trabajos historiográficos de Mitre y López, González no registraba ningún título significativo que hubiera sido publicado a lo largo del año. Además, indicaba el fracaso de las revistas y las asociaciones literarias (1934: 52-56), y señalaba que “la crítica literaria se resiente entre nosotros” y que “la novela argentina aún no ha nacido” (1934: 79-82).

⁴ “De lunes a lunes”, *Tribuna*, 20 de junio de 1892.

negocios”. Por medio de un léxico muy familiar al que había compuesto la retórica de la Unión Cívica, el diario de Mitre concebía de este modo el presente de la literatura en Buenos Aires:

Después del gran ejemplo que en épocas difíciles para el país, nos dieran hombres de la talla de Echeverría, los Varela, Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Rawson, López, Guido y tantos otros, las manifestaciones desinteresadas del espíritu no sólo quedaron excluidas casi de nuestro medio, sino que se las consideró como cosa despreciable, indigna de turbar un momento la fiebre de negocios, más o menos lícitos, que nos condujo con la rapidez de un vértigo hasta el borde de la ruina.

Hoy, sin embargo, para bien de todos, una reacción saludable se produce. Vuélvese a la convicción de que los pueblos no son grandes únicamente por sus riquezas materiales, que Grecia hizo más por la civilización del mundo que las poderosas monarquías de Oriente, y cada cual, en la esfera de sus facultades, parece decidido a cooperar en la obra de regeneración, prestándole las fuerzas de su inteligencia o de su buena voluntad.

A estos nobles propósitos obedecen las reuniones literarias que se efectúan semanalmente en distintos salones y el resultado inmediato de ellas es el gran número de obras cuya próxima aparición se anuncia.⁵

La crisis financiera y política, cuyos efectos habían llevado a interpretar a posteriori la presencia de una crisis *moral*, era ahora el fundamento de un cambio necesario que se percibía como inseparable de un *retorno* a los valores anteriores a la constitución del Estado. En estos días de 1892 la crisis aparecía en los diarios porteños como una nueva oportunidad para el desarrollo de las letras argentinas. Pero más allá de esta creencia, el discurso de los diarios adjudicaba a las letras un papel directriz en la constitución de las sociedades. En los términos que utilizaba *La Nación*, se trataba de una “reacción” que precedía a un movimiento de “regeneración” necesaria del cuerpo social.

Sin embargo, como se percibe en los mismos artículos, la noticia del resurgimiento no tenía mayores fundamentos materiales sino que se basaba, sobre todo, en una confiada proyección al futuro inmediato de la producción literaria. En suma, era una expresión de optimismo vagamente asociada a una voluntad colectiva lo que, bajo la forma de reuniones en salones privados y el anuncio de libros en preparación, entusiasmaba a los diarios de Buenos Aires.

Al parecer, se trataba de un diagnóstico apresurado, que se fundaba débilmente en un conjunto de buenas intenciones. Pero justamente el hecho de que este análisis entusiasta se repitiera en los periódicos a lo largo de los días y, más aún, que los propios diarios comenzaran decididamente a expresar su adhesión al nuevo “movimiento” literario por medio de la difusión permanente de sus actividades, permite rechazar la posibilidad de un fenómeno espontáneo. Lejos de tratarse de la simple y neutral observación periodística de un hecho cultural, la campaña de los diarios era su respuesta de integración a los intereses de algunos de los participantes del mismo “resurgimiento” intelectual.

De otro modo, se vuelve difícil comprender el tono triunfalista que dominaba estas noticias. Durante los días siguientes a que fueran publicadas, se pueden observar los signos de un proyecto concertado de redefinición de la práctica de la literatura que comenzaban a llevar adelante algunos escritores en un espacio público que se había transformado intensamente en los últimos tiempos. Más allá de la crisis, que sin duda se codificaba como un replanteo en el horizonte ideológico dominante (Terán 1994), este proyecto aparecía como una respuesta frente a la sostenida ampliación de un público lector que estaba siendo cautivado en los propios periódicos por la literatura europea; una respuesta que, en lo inmediato, se concretaría en el

⁵ “Vida literaria”, *La Nación*, 8 de julio de 1892.

espacio de los “grandes diarios” a través de la publicación regular y regulada de noticias sobre el “movimiento literario” local.

A partir del 8 y el 9 de julio, cuando *La Nación* y *La Prensa* empiezan a publicar sus secciones especiales sobre la literatura argentina, se intensificaría de manera notable la presencia en los “grandes diarios” de un grupo de literatos que habían preparado en el marco de las tertulias literarias su propio desembarco en el espacio público ampliado.

Secciones literarias en los “grandes diarios”⁶

Poco después de la noticia de *Tribuna* y simultáneamente a la proyección y el surgimiento del Ateneo, los dos diarios más importantes de Buenos Aires comenzaron a publicar con frecuencia casi diaria y en el espacio de las noticias, una sección exclusivamente dedicada a la literatura. “Vida literaria” (*La Prensa*) y “Movimiento literario” (*La Nación*), son los títulos de estas secciones especiales en las que dominaría, desde la perspectiva de aquel resurgimiento proclamado, la actualidad de la literatura nacional. Mientras que *La Prensa* mantendría la suya hasta octubre de 1892, en el caso de *La Nación* la sección se extendería por un lapso de apenas veinte días, entre el 8 y el 28 de julio. Sin embargo, este corto tiempo de duración resulta suficiente para evaluar la novedad de una modalidad crítica cuyo propósito consistía en presentar la literatura argentina ante un sector de la sociedad que hasta entonces se había mantenido fuera de las preocupaciones de los letrados.

Anónimas y sin emplazamiento especial en las páginas de los diarios, ubicadas entre las noticias del día, estas secciones inauguran el espacio de enunciación del cronista literario como un sujeto doblemente diferenciado del escritor y del lector; es decir, un sujeto separado del público por las condiciones del periódico moderno y al mismo tiempo en contacto con el escritor al que, sin embargo, no se acerca sino desde el borde exterior de sus prácticas para transformarlas de este modo en objeto del discurso. Si podemos considerar que en este momento surge una posición crítica novedosa es, justamente, por la tarea de mediación entre esos dos extremos que el cronista se impone, cuando los diarios que llevan adelante las secciones han superado las dimensiones “domésticas” del periódico político y se encuentran en pleno proceso de multiplicación y diversificación de su público lector.

Hasta el momento, la crítica había atravesado el espacio de los diarios de manera inorgánica e irregular. Esto quiere decir que nunca antes se había presentado a la literatura argentina como una materia capaz de ofrecer un comentario constante y extendido a lo largo de los días, ni mucho menos de formularse como el tema de un relato cotidiano ante la perspectiva de un público general. En cambio, hacia julio de 1892 la literatura argentina comienza a aparecer como una narración diaria en el marco de esa yuxtaposición arbitraria de noticias que reunidas por el rótulo de una única fecha permitió al periódico moderno otorgar espesor a la idea de “presente”. Si como señala Benedict Anderson (1993: 57-58), la noción de simultaneidad que produjo esta disposición de los textos cumplió una función importante en la constitución de las “comunidades imaginadas” nacionales, la presencia de las noticias literarias en las páginas de los diarios venían a sumar las “tareas espirituales” como un fragmento más de la articulación social conformada por aquella construcción simbólica.

En este sentido, la voluntad básicamente divulgadora y la condición superficial del discurso crítico articulado a través de estas secciones se combinaba con un propósito fundamental que había acompañado otras modalidades de la crítica anterior, es decir el afán de *construcción* (en el sentido más activo del término) de una literatura argentina. Sólo que en este caso, ese afán no se volcaba sobre las obras sino sobre una serie de prácticas culturales que, articuladas en el presente más inmediato, se identificaron con la existencia de una “vida literaria” en Buenos Aires.

⁶ Esta es una denominación que comienza a utilizarse en este momento para caracterizar a dos periódicos que como *La Nación* y *La Prensa* habían extendido de manera notable su circuito de influencia en los últimos años. Para 1890, ambos contaban con tiradas de aproximadamente 30000 ejemplares diarios, mostrando un crecimiento que se intensificaría en los años siguientes.

Ahora bien: ¿cuál era la motivación que había llevado a estos periódicos a otorgar repentinamente y de manera simultánea un espacio a esas prácticas que distaban de ser novedosas? Para responder a esta pregunta conviene atender de manera conjunta a los tres movimientos que se producen en el mes de julio de 1892. Me refiero a la serie que se construye con el anuncio proclamado de un reactivación del trabajo intelectual y literario, junto con el surgimiento de estas secciones literarias y, finalmente, el anuncio de la creación “un gran círculo intelectual” cuya idea se había gestado en los salones privados en los que se venían produciendo las reuniones informales de los hombres de letras.

Muchos años después de los sucesos que aquí se narran, el chileno Alberto del Solar se adjudicó la idea de la fundación del Ateneo (del Solar 1920). Las crónicas de los diarios permiten corroborar que fue en uno de los “recibos” de este diplomático-escritor, más precisamente el celebrado el 8 de julio de 1892, donde se presentó por primera vez esta inquietud que derivaría poco más tarde en la creación de aquella asociación.⁷ Lo cierto es que es la red de relaciones que se había constituido desde 1890 a partir de los salones Obligado y del Solar el entramado de donde parte el proyecto. Alentados por el principio de asociación que se había consolidado en estas reuniones, éstos y otros hombres de letras como Joaquín V. González, Calixto Oyuela, Ernesto Quesada y Lucio V. Mansilla decidieron impulsar la lógica de sociabilidad y el sistema de prestigios de las tertulias sobre un espacio de publicidad en el que estaban siendo desplazados los valores de la cultura letrada tradicional.

El 8 de julio, *La Nación* publica por primera vez entre sus columnas el apartado titulado “Vida literaria”.⁸ Como vimos más arriba, la nota comenzaba presentando enfáticamente la idea de una “reacción” espiritual. A continuación, dejaba asentado el alcance que tendría su propia participación en ella; luego de referirse a los signos que anunciaban el nuevo movimiento, el flamante cronista declaraba:

Como esto interesa vivamente a nuestra cultura intelectual, seguiremos de cerca cuanta iniciativa se produzca en ese sentido, dando cuenta de los nuevos libros, publicados o próximos a publicarse, así como de las conferencias, lecturas y dramas nacionales de carácter literario, sobre los cuales, con la imparcialidad que requiera el asunto, emitiremos nuestro juicio.⁹

Inmediatamente, el mismo día, *La Nación* comenzaba a cumplir este objetivo con el comentario de los trabajos actuales de Obligado (el volumen *Héroes y tradiciones*) que incluía un breve reportaje al autor. Más adelante, en consonancia con la idea fundante establecida días atrás por *Tribuna*, la crónica se internaba en un caso de retorno a las letras luego del desengaño por la política.¹⁰

Al día siguiente, *La Prensa* inauguraba su propia “Vida literaria”. Pese a tener un interés extendido hacia la literatura americana, este diario no dejaría de consignar las noticias acerca de las letras locales. Al igual que en *La Nación*, éstas estarían fundamentalmente centradas en los salones literarios y —algo que termina por no distinguirse demasiado de lo primero— en los preparativos para la fundación del Ateneo.

⁷ “Vida literaria”, *La Nación*, 9 de julio de 1892. Sobre los orígenes del Ateneo, pueden consultarse los artículos de Roberto Giusti (1954) y Suárez Wilson (1967). Para una caracterización más reciente de esta asociación, ver Malosetti Costa (2001) y Laera (2007).

⁸ Este es el título inicial de la sección de *La Nación*, que ya el miércoles 13 de julio se transforma en “Movimiento literario”, seguramente para distinguirse del mismo título presentado por *La Prensa*.

⁹ “Vida literaria”, *La Nación*, 8 de julio de 1892.

¹⁰ Vale la pena detenerse en la noticia sobre Enrique Rivarola, que además sirve como muestra del tipo de información privilegiada por el diario: “El Dr. Enrique Rivarola, después de largo retiro, y gracias acaso a la destitución con que lo honró el gobernador platense, vuelve otra vez a entregarse a las letras, que no debió abandonar nunca. Dentro de poco publicará dos libros: sus poesías y una novela. Ésta, que es un estudio de la vida del periodista, tan familiar a su autor, está ya muy adelantada, y en cuanto a los versos, saldrán a luz en el próximo mes de setiembre, correspondiendo así a su título de *Primaverales*.”

Justamente, el anuncio de la idea recién gestada de crear un centro de carácter intelectual, aparecería en *La Nación* el sábado 9 de julio, esto es un día después de comenzada la sección. En tanto, el segundo día de publicación de su “Vida literaria” (el lunes 11), también *La Prensa* daría cuenta de esa intención. En los días siguientes, el protagonismo que en ambos diarios asumirían los principales representantes del Ateneo, así como los preparativos de esta asociación, permiten advertir las alternativas de la alianza que se había establecido entre un grupo de letrados y el periodismo moderno.

Para identificar algunas de esas alternativas, debemos detenernos, primero, en las relaciones entre los diarios que adhirieron de distintas maneras al clima de renovación, de donde se desprende la inestabilidad sobre la que se sostiene el proyecto de constitución de la literatura argentina en el espacio público. En segundo término, en el mecanismo que posibilita, en el marco de los “grandes diarios”, el pasaje al plano de la información de los hechos producidos en el círculo restringido de los salones; retomando la trayectoria de Joaquín V. González, la mirada sobre el papel que cumple este escritor en este proyecto nos permitirá detectar la presencia simultánea de su figura en los dos extremos de este circuito. Concretamente, González se proyectará como cronista anónimo de la sección literaria de *La Prensa* para personificar esta articulación entre la intimidad de la tertulia y la publicidad anónima de los “grandes diarios”.

Inventar escritores y obras

Conviene insistir en que la novedad más evidente de las secciones literarias se encuentra en la frecuencia prácticamente diaria que se imponen, algo que demuestra en qué medida buscaban otorgar entidad a una serie de prácticas sociales fundadas en el ejercicio de las letras. El propósito era, de este modo, expandir hacia los límites de un público amplio la idea de que existía un “ambiente” literario en Buenos Aires instalando en el espacio de presente continuamente renovado del periódico el carácter progresivo de un “movimiento”.

Así, los signos auspiciosos de reactivación cultural que se habían anunciado, pronto se traducirían en una confianza desmedida acerca del material necesario para sostener los requerimientos de información permanentemente actualizada que permitían otros segmentos de la realidad que integraban las columnas del diario. En el caso de *La Nación*, esta exigencia se vuelve extrema, y es por esto que sus noticias, casi todas ubicadas en el rubro incierto de la “próxima publicación”, sólo se reproducen a riesgo de acercarse a los límites de la ficción. El anuncio de una buena cantidad de libros que jamás aparecerían o que sólo lo harían años más tarde, es un signo de las dificultades que se produjeron en el intento de adecuar las precarias condiciones de una “vida literaria” de muy reducidas dimensiones y basada en una práctica tradicional como la de los salones, a las pautas de representación del diario moderno.¹¹

El 20 de julio, una nota de *Tribuna* develaba el mecanismo que sostenía la permanencia de la actualidad literaria tanto en *La Prensa* como en el diario de los Mitre:

Muchas noticias en *La Nación* y en *La Prensa*, pero nada entre dos platos.
Qué sacamos con que, “en el silencio del gabinete”, Fulano escriba una novela,
Zutano esté por terminar un poema y Mengano tenga muy adelantada una
comedia?
Eso es “vida literaria”?
Será, en todo caso, la vida literaria de este, de aquel y del de más allá. Vida
privada, sencillamente.

¹¹ Por ejemplo, se anuncian un libro sobre el poeta Matías Behety de Guillermo Stock, nunca publicado; entre los libros que se anticipan y que no aparecen sino años más tarde se debe contar el libro de Obligado cuya noticia abría la sección, además de una novela de Manuel Podestá (*Matucha*) y otra de Enrique Rivarola cuyo título no se explicita (de acuerdo con el registro de Lichtblau (1959: 213) este autor recién publicaría una novela titulada *Mandinga* en 1895).

Leyendo las noticias del género que diariamente se publican por dichos colegas, cualquier extraño se haría la ilusión de que la producción intelectual argentina da, por lo menos, un libro por semana a la circulación.

Es que los cronistas literarios del día están inventando escritores y obras, cuando no son engañados por pretendidos autores, anhelosos de aparecer como tales, y hasta con los títulos de sus próximos libros, en las columnas de los diarios.¹²

Como vimos, *Tribuna* había decidido adherir al clima de resurgimiento literario. Sin embargo, la cautela con la que había medido la verdadera extensión del fenómeno pronto se tradujo en una estrategia muy diferente a la adoptada por los “grandes diarios”. La denuncia que aparece en este artículo se vincula a una posición que este periódico dirigido por Mariano de Vedia no dejaba de proclamar y que consistía en “acompañar” el movimiento literario exclusivamente a través de la directa presentación de producciones. A lo largo de este año, *Tribuna* no sólo buscaría singularizarse a través de la publicación de poesías, cuentos y novelas inéditas (tanto en sus columnas como en el espacio del folletín) sino que además convertiría esta decisión en una premisa permanentemente expuesta.¹³ De este modo, la suspicacia con que desmontaba las verdaderas intenciones de *La Nación* y *La Prensa* nos indica exactamente las características del proyecto en el que se inscriben las secciones y sugiere el carácter calculado y conciente que las rodeaba a partir de una alianza entre los letrados y las redacciones de los diarios modernos.

De acuerdo con la nota de *Tribuna*, el surgimiento de las secciones había sumado la figura del periodista profesional a la voluntad de un grupo de letrados para, literalmente, *inventar escritores y obras*. El ataque apuntaba al centro de la cuestión al oponer una pretendida “vida literaria” con la *vida privada* de algunos hombres que se dedicaban a escribir o, incluso, sólo tenían la intención de hacerlo. Las mismas “noticias” que conformaban las secciones ponían al descubierto la operación; que ellas expusieran la vida privada en el lugar de presentar una verdadera producción intelectual, era la prueba de que la literatura argentina no contaba con la *dimensión pública* que *La Nación* y *La Prensa* pretendían otorgarle.

Evidentemente, la necesidad de darle a las letras argentinas el carácter de acontecimiento imprescindible en la prensa moderna tenía que conciliarse con los rasgos de una sociabilidad cultural tradicional representada por los salones. Si bien al comienzo se había prometido el “juicio imparcial” de la obras que se fueran publicando, lo que iba a dominar en “Vida literaria” y “Movimiento literario” era la representación de unas condiciones de producción intelectual cuya precariedad parecía traicionar el propósito de establecimiento de un espacio cultural autónomo.

Pero volvamos ahora al artículo de *Tribuna* para esclarecer el trasfondo sobre el que se había producido. A los signos de adhesión al “nuevo movimiento” por parte de este diario, se debe sumar el hecho de que Mariano de Vedia concurría a las tertulias de Obligado (Hernández Prieto, 1978: 1484) y tenía relaciones fluidas al menos con algunos de sus integrantes más notables; era amigo de Joaquín V. González (prologaría su libro *Cuentos* en 1894) y en estos días mantenía contacto directo con Mansilla, quien escribía en su diario una columna titulada “Mi pequeña *Tribuna*”.¹⁴ Estos datos indican que *Tribuna* no asumía simplemente una posición

¹² “Vida literaria”, *Tribuna*, 20 de julio de 1892.

¹³ Para dar sólo un ejemplo, en un suelto que anunciaba la próxima colaboración de Julián Martel se declaraba con orgullo, y en clara alusión a la conducta de los otros diarios: “Si no está de lleno la *Tribuna* en el movimiento literario, con producciones de Mansilla, Podestá, Martel, etc., no sabemos realmente qué quieren decir aquellas dos palabras”. (*Tribuna*, 23 de julio de 1892). A lo largo de 1892, este diario publicaría, entre otros, un “fragmento inédito” de *Mis Montañas* de J. V. González, “Los centauros” y “Crónica costarricense” de Rubén Darío, algunos capítulos de *Libro extraño* de Francisco Sicardi, la novela *Grito de gloria* del escritor uruguayo Eduardo Acevedo Díaz y *Un drama en un antejo*, novela (finalmente inconclusa) de Julián Martel.

¹⁴ Mariano de Vedia (1867-1941) se había formado como periodista en *La Nación*, “bajo el ala cálida y ancha de Bartolito” (González Arrili 1947: 244); allí había trabajado hasta 1889 junto a Julio Piquet,

exterior al proyecto que ahora criticaba. Sin embargo, motivado por la competencia entre los órganos de prensa, el artículo —probablemente escrito por el propio director— cuestionaba el modo de llevar adelante ese proyecto frente a su propia voluntad de hacer pública (en este caso a través de sus obras actuales) la literatura argentina.

Esto demuestra, por un lado, el circuito de comunicación permanente que se establecía en la prensa porteña; por otro lado, que ese circuito no impedía la confrontación que —determinada por la lógica del mercado— se establecía entre los diferentes periódicos. Curiosamente, una semana antes de este artículo, *La Nación* había publicado en su “Movimiento literario” la información de una próxima novela, aún no concluida, del director de *Tribuna*.¹⁵ Podrían hacerse diversas conjeturas en relación a esta coincidencia, pero lo que sobresale es, sin duda, el reducido sistema de relaciones que se ocultaba detrás de este fenómeno de publicidad. Ese mismo día, el cronista de *La Nación* daba cuenta de dos novelas de Manuel Podestá que (en este caso terminadas) esperaban su pronta publicación. Justamente en *Tribuna* comenzaría a aparecer días más tarde *Alma de niña*, una de aquellas novelas.¹⁶ Así, en este intercambio entre los diarios, la misma competencia que desataba los conflictos internos al proyecto sugiere las aristas complementarias de un extendido mecanismo de promoción de las letras argentinas que, no obstante, se había originado en los límites de un pequeño grupo de viejos conocidos.

Pese a la presencia evidente de un objetivo en común, las relaciones entre *La Prensa* y *La Nación* tampoco eludían la competencia. El mismo 20 de julio, con el título “Novedad un poco antigua” este último diario ponía en aviso a sus lectores acerca de la inexactitud de una información sobre la actualidad literaria provista por su colega; por medio de una detallada reseña, el texto se encargaba de poner en su lugar la obra del general Mitre (*La Pola*) que, de acuerdo con *La Prensa*, el autor había decidido publicar recientemente.¹⁷ Cáusticamente, el redactor ponía el acento en los cincuenta y dos años transcurridos desde la escritura de aquel drama al que, decía, desde 1874 Mitre “tiene olvidado entre sus papeles destinados a ser quemados”.¹⁸ En definitiva, esta réplica no parece muy distinta a la que desde la edición de esa misma tarde de *Tribuna* abarcaría también a *La Nación*. En los dos casos, se trataba de exponer hasta qué punto la necesidad de completar la columna literaria conducía a forzar la realidad.

Sin embargo, ninguno de estos desajustes internos impiden visualizar el trasfondo de estas secciones que inauguraban un discurso novedoso, forjado ante la presencia de un público que hasta entonces no había sido ni el destinatario de la crítica ni tampoco el lector imaginado para la literatura argentina. En esta búsqueda de conciliación entre los hombres de letras y el público de los diarios se advierte el reconocimiento de una serie de transformaciones que impulsaban a redefinir el alcance tanto como los objetivos culturales de la literatura argentina.

Joaquín V. González: anonimato y prédica

Es la figura de Joaquín V. González la que sintetiza excepcionalmente, desde *La tradición nacional*, la problemática sobre la que surge el proyecto que intentamos describir. Como señala Miguel Dalmaroni, en aquel libro González había propuesto “la invención de una literatura —ya no de una historiografía— que oficiara como una nueva versión del pasado; no porque prometiese un nuevo tipo de fidelidad a la verdad de los hechos, sino por su eficacia [...] para engendrar un sujeto colectivo identificado con la nación” (2006: 60). De este modo, y en

Julián Martel y Gabriel Cantilo, con quien más adelante establecería un intercambio de cartas publicadas en ambos periódicos a raíz de la formación del Ateneo.

¹⁵ Se leía en “Movimiento literario” del 13 de julio: “Mariano de Vedia, robando momentos a su vida de periodista, prepara también otra novela, cuyo argumento es la lucha entre el amor que inspiran a una misma mujer dos hombres completamente distintos, por naturaleza, cuna y posición social”.

¹⁶ El 13 de julio, “Movimiento literario” adelantaba los argumentos de *Matucha* y *Alma de niña*. La segunda de estas novelas comienza a publicitarse el 21 de julio en *Tribuna* y aparece a partir del 5 de agosto en el mismo diario.

¹⁷ “Vida literaria. Un drama del General Mitre. La Pola”, *La Prensa*, 19 de julio de 1892.

¹⁸ “Novedad un poco antigua”, *La Nación*, 20 de julio de 1892.

función de la perspectiva de desintegración de una identidad argentina, su programa establecía un rol preciso que —en provecho del destino nacional— deberían cumplir los hombres de letras.

En este sentido, González colocaba en el pasado sus expectativas de integración cultural, siempre que —al no contar con las obras suficientes— la tradición de la literatura nacional se completara en el presente. Evidentemente, para llevar a cabo esta tarea se precisaba cumplir con un requisito previo y a la vez complementario como era el de promover la actualidad de la literatura argentina. En otras palabras, la prédica de *La tradición nacional* debía instalarse en un espacio de producción de literatura que, si no parecía el más promisorio para su desarrollo efectivo, podría acelerarse en su emergencia. En el rol que asume su autor hacia 1892 se puede detectar una actitud consecuente con este programa. Los lazos que González estrecha a partir de su libro de 1888 con Rafael Obligado (a quien otorgaba un lugar central en la versión de la literatura argentina que él mismo había postulado), constituyen un primer elemento que demuestra en qué medida su proyecto buscaría concretarse en lo inmediato y a través de acciones específicas.¹⁹ En la primera parte de 1892, mientras atravesaba un paréntesis en su carrera política, el autor de *Mis montañas* había mantenido su empleo en la redacción del diario *La Prensa*, al tiempo que había participado activamente en las tertulias literarias que se desarrollan en Buenos Aires, especialmente las de Obligado y del Solar.²⁰

Junto a estos datos, el hecho de que el propio González sea quien se oculta detrás del anonimato de “Vida literaria” no resulta nada asombroso. Sí nos ofrece, no obstante, una evidencia más del aspecto planificado de las secciones en el marco de la secuencia que concluirá en la polémica apertura del Ateneo. Pero además, al concentrarnos en su trayectoria individual en estos años, y desde la mirada retrospectiva hacia su libro de 1888, notamos que esa planificación —si bien articulada por un grupo de escritores— entronca con su propio programa nacionalizador en el que la literatura asume un papel central.

Al igual que en los discursos de *Tribuna* y *La Nación* con los que se abría la secuencia, González no sólo había hablado en 1889 y desde el espacio del periódico de un pronto “resurgimiento de nuestras letras”, y con esto había adelantado lo que ahora los diarios anunciaban como un hecho. Además, había advertido a la dirigencia del país, en 1888, acerca de los peligros que acarrearía la expansión de la literatura extranjera, postulando la idea de que las letras eran un elemento esencial en el perfeccionamiento de la nación. En 1892, aprovechando el doble perfil que lo singulariza como intelectual y periodista, se convertiría en una pieza central del proyecto de instalación de la literatura argentina en el espacio público ampliado. El 27 de julio una carta de Lucio Mansilla aparecida en “Vida literaria” de *La Prensa*, devela su presencia como redactor de esa sección.²¹

¹⁹ Ambos escritores se habían conocido en 1880, pero sólo a partir de 1886 (cuando González se traslada de Córdoba a Buenos Aires) empiezan a frecuentarse. A partir de *La Tradición Nacional* la coincidencia de sus intereses en torno a la literatura nacional produce un mayor acercamiento. En 1889, en un viaje que termina de sellar esta amistad literaria, González invita a Obligado a su casa en La Rioja (Cáceres Freyre 1963).

²⁰ González había vuelto a Buenos Aires en octubre de 1891 después de haber renunciado a la gobernación de La Rioja y se mantuvo al margen de la política activa hasta mediados de 1892. Significativamente, durante los días anteriores a su renuncia como gobernador de su provincia, había elegido a Obligado como confidente para expresar el desencanto sufrido por los hechos que rodearon el episodio. El intercambio epistolar que se produjo en esos días entre ambos registra las huellas de la oposición entre la actividad política y la literatura que González había asumido como una disyuntiva al mismo tiempo personal y patriótica (Cáceres Freyre 1963). Para una síntesis biográfica de J. V. González, véase Pettoruti 1963.

²¹ El 26 de julio, en su columna de *Tribuna*, Mansilla se refería a una carta que él le había enviado a Joaquín V. González a propósito de *Mis Montañas* y expresaba su deseo de que González la publicara en *La Prensa* cumpliendo de este modo con “las leyes de la correspondencia literaria”. Así, quizás sin quererlo, Mansilla ponía al descubierto ante los lectores de ambos diarios la identidad del cronista de “Vida literaria”. Al día siguiente, esa carta iba a aparecer en la sección literaria de *La Prensa*, con una aclaración inicial en la que González retomaba la insistencia del autor de *Una excursión a los indios*

Si tenemos en cuenta que para la época González era una figura visible de las letras, pero sobre todo de la política nacional, el desdoblamiento que asume (escritor y objeto de la crónica, por un lado; periodista anónimo, informador, por el otro) nos advierte sobre las implicaciones de la alianza que se establece entre letrados y formas de sociabilidad tradicionales y el campo periodístico en proceso de modernización. Por un lado, porque ese desdoblamiento buscaba mostrar una separación de los roles del crítico-periodista y del escritor y, en consecuencia, darle forma, quizás por primera vez, a un espacio de prácticas relativamente autónomas en el ámbito de recepción extendida de los grandes diarios. Por otro, porque por este medio el anonimato ocultaba justamente los límites estrechos del conjunto de escritores que había decidido impulsar el desarrollo de una literatura por medio de la invención de su propia vida literaria.

ranqueles alegando modestia literaria como causa de la demora en la publicación puesto que, como puede sospecharse, la carta elogiaba su libro. Sin embargo, el redactor de “Vida literaria” no perdía el anonimato ni el registro del cronista.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CÁCERES FREYRE, Julián (1963). “Reflejos de una amistad entre poetas. Correspondencia entre Obligado y González”. *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 17: 163-176.
- DALMARONI, Miguel (2006). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- DEGIOVANNI, Fernando (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- GIUSTI, Roberto (1954). “La cultura porteña a fines del siglo XIX. Vida y empresas del Ateneo”. *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal.
- GONZÁLEZ ARRILLI, Bernardo (1947). *Tiempo pasado. Semblanzas de escritores argentinos*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1934). “Un año de historia literaria argentina”. *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios, 1888-1908*, Buenos Aires, Jackson, 29-88.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. (1935). *La tradición nacional, Obras Completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, T. 17.
- HERNÁNDEZ PRIETO, M. Isabel (1978). “Rafael Obligado y los sábados literarios”. *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Madrid, Centro Iberoamericano de la Cooperación.
- LAERA, Alejandra (2007). “El Ateneo de Buenos Aires. Redes artísticas y culturales en el fin de siglo”. *Primeros modernos en Buenos Aires*. Catálogo de la exposición homónima (curadora: Laura Malosetti Costa), Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes.
- LICHTBLAU, Myron (1959). *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*, New York, Hispanic Institute in the United States.
- MALOSSETTI COSTA, Laura (2001). *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PETTORUTI, Eduardo (1963). “Síntesis cronológica de la vida y la obra de Joaquín V. González”. *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 17: 177-189.
- SOLAR, Alberto del (1920). “Rafael Obligado íntimo”. *Nosotros* 131: 459-468.
- SUÁREZ WILSON, Reyna (1967). “El ‘Ateneo’”. Castagnino, Raúl, *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*. Trabajos, comunicaciones y conferencias XI, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.
- TERÁN, Oscar (1994). “La tradición liberal”. *Punto de vista* 50: 28-32.